

**EL CUENTISTA  
QUE DECÍA LA VERDAD**

**Francisco Burgos Lecea (1898 – 1951)  
un escritor de vanguardia olvidado**

**MAURICIO GIL CANO**

*EL CUENTISTA QUE DECÍA LA VERDAD*

**Prólogo de Juan José Téllez**

1ª edición, 2016

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

Ilustración basada en linogrado de Manuel Martín Morgado

**Editorial DALYA**

Jilguero 14

11100 San Fernando

*www.edalya.com*

© del texto, Mauricio Gil Cano

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-946227-0-0

DL CA 513-2016

Impreso y encuadernado por CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

## ÍNDICE

Prólogo.	
<i>Tras la pista de un vanguardista silenciado</i> .....	9
Introducción.	
<i>El hombre que salvó a Ricardo León</i> .....	15
Capítulo I.	
<i>Un escribiente que quiere ser escritor</i> .....	21
Capítulo II.	
<i>Xaicxi, delantero</i> .....	35
Capítulo III.	
<i>Un gran éxito de crítica</i> .....	51
Capítulo IV.	
<i>El Teatro de la Nueva Literatura</i> .....	63
Capítulo V.	
<i>El severo palmetazo de la crítica</i> .....	75
Capítulo VI.	
<i>Teatro íntimo</i> .....	93
Capítulo VII.	
<i>El misterioso cuaderno emborronado</i> .....	103
Capítulo VIII.	
<i>Los caballitos del diablo</i> .....	111

Capítulo IX.	
<i>Frente Literario</i> .....	153
Capítulo X.	
<i>Guerra y depuración</i> .....	181
Capítulo XI.	
<i>En la dura cárcel del dolor</i> .....	197
Capítulo XII.	
<i>El cuentista que decía la verdad</i> .....	211
Anexos	
Cronología .....	217
Bibliografía de Francisco Burgos Lecea .....	221
Apéndice documental .....	223
Bibliografía citada o consultada .....	235
Índice onomástico .....	241

## **PRÓLOGO:**

### ***TRAS LA PISTA DE UN VANGUARDISTA SILENCIADO***

La memoria es débil, pero si se la entierra lo es mucho más. Así ha venido ocurriendo con buena parte de los artistas e intelectuales que descollaron de alguna o de otra forma durante la primera mitad del siglo XX y que se vieron a menudo borrados de la faz de la tierra, pero también de las páginas de los libros y de esa foto fija de la historia que suele moverse a conveniencia de los vencedores.

El escritor Mauricio Gil Cano ha rastreado la peripecia vital de uno de ellos, Francisco Burgos Lecea, un vanguardista cuyo compromiso vital, literario y político, nunca estuvo en la retaguardia, lo que le llevó –claro es– a un largo presidio hasta las puertas de la muerte. Jerezano de nacimiento, Gil Cano reprocha que dicha ciudad apenas conserve su nombre o su legado, más allá de una vieja leyenda de persecución que comparte con su paisano Miciano, o con otros coetáneos de esa misma provincia, como Ramón Puyol y el transterrado Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros muchos.

Ahora, a través de este libro cargado de rigor y de lucidez, asistimos a lo que su autor denomina como «una aproximación a la figura de un escritor que, por creer en la capacidad de la palabra para transformar el mundo, cosechó los amargos frutos de la cárcel, la muerte y el olvido».

La pesquisa de Gil Cano sobre Burgos Lecea viene de lejos, de cuando supo de la existencia de un escritor comu-

nista de Jerez que salvó la vida de Ricardo León en las cárceles republicanas de Madrid; pero que perdió su libertad y su piel sin que nadie le salvara cuando la dictadura franquista estaba a punto de salir del infierno de la primera posguerra y de la autarquía, con las cárceles y los cementerios llenos.

Sobre su vida, existen datos sobrados de su incorporación plena como escritor a una hornada que compartió por igual una actitud vanguardista en el ámbito de la estética y un claro compromiso político en el plano civil. Sobre su muerte, circula una nebulosa de hipótesis entre las que se abre paso con cierta claridad la del suicidio. Escritores como Marcos Ana, con quien coincidió en la cárcel, sostienen que al sentirse incapaz de sacar adelante a su familia, bajo una precariedad absoluta, entró en una profunda depresión y decidió elegir el camino de la muerte apenas tres meses después de que saliera de prisión en diciembre de 1950. El certificado de defunción, que reproduce aquí Mauricio Gil Cano, tan sólo nos habla de una hemorragia aguda como causa de su muerte: «Su libertad, esperada tanto tiempo, desembocó en la tragedia: sin conseguir trabajo, sufriendo humillaciones personales, incapaz de rehacer y sostener su hogar y compensar a su familia de las privaciones pasadas, se lanzó de cabeza por el balcón de su casa», describe Fernando Macarro, el célebre escritor y militante comunista que permaneció encarcelado durante más de veinte años como preso político de la tiranía española.

Hubo tanta leyenda en torno a su repentina desaparición que no faltó quien afirmara y escribiese que había sido fusilado en 1939. El escritor mexicano Manuel de la Escalera, bajo el seudónimo de Manuel Amblard en su obra *Muerte después de reyes: relatos de cautividad en España* ha intentado escl-

recer algunas de estas circunstancias tan vitales como, a la postre, mortales.

La clave de este ensayo, sin embargo, trasciende mucho más allá de la indagación sobre las circunstancias de sus horas finales o sobre su vía-crucis carcelario, tan similar por otra parte al de numerosos otros casos de la heterodoxia española, machacados por aquel régimen. Lo que descuella en esta obra es la noticia puntual sobre la biografía y los empeños de Burgos Lecea, cuyo nombre y cuyos libros fueron borrados de un plumazo de nuestro patrimonio intelectual. Ahora, Gil Cano –con la complicidad del enorme poeta que encierra– pone en valor sus andanzas y sus inquietudes, recobrando títulos que fueron arrojados sin piedad a la papelera de nuestra fragilísima capacidad de remembranza.

Nacido a 2 de agosto de 1898 en el número 7 de la jerezana calle Santa Clara, se trasladó posteriormente a Madrid, donde ejerció como empleado municipal. Allí, iría dando a conocer sus notables relatos, con títulos como *Xaicxi, delantero* (1928), *Los caballitos del diablo* (1933) y *El cuaderno emborronado: libro de aguafuertes* (1933).

Durante los años que marcaron la llegada de la Segunda República y la Guerra Civil, en la que sólo fue tardíamente movilizado, Burgos Lecea ejercerá como colaborador de diversos periódicos e incluso llegó a dirigir su propia revista, *Frente Literario*, aparecida en el año revolucionario de 1934. Antes, había estrenado dos obras de teatro, bajo los títulos de *La heroína del amor sublime* y *La rosa inmarchitable*, al tiempo que fundó un movimiento vanguardista denominado “verticismo” –que no debe confundirse con el vorticismo británico sino que estuvo próximo al ultraísmo–, y cuyo pro-

pósito era el de «conectar la ciencia con el arte para producir la luz verticista, que es la Verdad vestida con un bello mantón andaluz repleto de rosas jerezanas». En su obra, sin embargo, contextualiza la estética más avanzada de su tiempo con un sorprendente casticismo, heredero de la imagen romántica de Andalucía y en el que no faltan novias gitanas y el vino de su tierra. Su activismo creativo y social le llevará a sumarse a algunos de los manifiestos propios de la época, en algunos de los cuales acompaña a la firma de Juan Chabás.

«Abajo la canallada, abajo la injusticia; que se apoderen de todos los poderes los individuos puros, los individuos íntegros, los individuos buenos» proclamaba Burgos Lecea como una declaración de intenciones que guarda más relación con el humanismo que con la ira. Mal equipaje, pues, para transitar en tiempos inhumanos.

Más allá de los restos del liberticidio escondidos todavía en las cunetas, queda la asignatura pendiente de desenterrar toda la vida y los sueños que encerraron. A ello se entrega Mauricio Gil Cano en las páginas que siguen, con la pericia del historiador, la honradez del ciudadano y la sensibilidad del compañero.

**Juan José Téllez**

*Casi siempre no consigue el hombre lo que quiere, sino lo que puede, o le dejan hacer sus semejantes.*

**Burgos Lecea**

## INTRODUCCIÓN.

### *EL HOMBRE QUE SALVÓ A RICARDO LEÓN*

En la fachada de la biblioteca de un instituto de enseñanza media de una ciudad andaluza figura la siguiente frase: «Los libros me enseñaron a pensar, y el pensamiento me hizo libre». Abajo, a continuación, aparece el nombre de la persona a quien se atribuye la autoría de tan elocuente cita: Ricardo León. Este novelista nació en Barcelona en 1877, pero pasó su infancia y juventud en Málaga y siempre se consideró malagueño. Alcanzó gran celebridad por sus obras de católica religiosidad y exaltado patriotismo. Debido a sus ideas políticas, Ricardo León estuvo a punto de morir fusilado durante la guerra civil. Él mismo lo cuenta en una entrevista, realizada por José Gutiérrez-Ravé y recogida en *¿Cómo se liberó usted?*, un curioso y pequeño volumen de 108 páginas impreso en los Talleres Gráficos de Madrid, en 1943. Este librito reúne el testimonio de catorce personalidades que padecieron cautiverio en la llamada zona roja; entre ellas, escritores como Jacinto Benavente o el propio Ricardo León, quien explica así a quién debía la vida: «Caí primero en una de las peores checas de Madrid, la de las Salesas, en la calle de San Bernardo. Allí me tenían en lista, sentenciado al “paseo”, en represalia por la muerte del poeta García Lorca. Otro poeta me salvó: Burgos Lecea, en quien la lepra del comunismo no había secado las fuentes de su sensibilidad. Con valeroso rasgo y en feliz coyuntura me hurtó al peligroso comité y me puso en la calle, advirtiéndome de la suerte que corríamos los dos si yo volvía a caer bajo aquel tribunal de sangre».

La ciudad donde se encuentra el instituto que exhibe aquella edificante sentencia de Ricardo León, sobre la libertad de pensamiento que propicia la lectura, vio nacer al poeta que le salvó la vida, pero no lo recuerda. No existe ninguna inscripción en la casa donde nació. Ninguna calle con su nombre. Ni siquiera hay libros suyos en la biblioteca. Como si Burgos Lecea hubiera sido premeditadamente eliminado de la historia, ya que alcanzó notoriedad en vida. Publicó dos extraordinarios libros de relatos, *Xaicxi, delantero* (1928) y *Los caballitos del diablo* (1933), y uno –inencuntable, hasta el momento– de prosas íntimas, *El cuaderno emborronado* (1933); además de diversos manifiestos, poemas... Estrenó dos obras de teatro, en 1930: la tragedia *La heroína del amor sublime*, en el Teatro de la Comedia, el 26 de mayo, y la comedia dramática *La rosa inmarchitable*, en la también madrileña Sala Spes, el 21 de junio. Colaboró en periódicos y publicaciones de su época y, en Madrid, llegó a dirigir su propia revista, *Frente Literario*, cuyo número 3 dedicó íntegramente a Juan Ramón Jiménez. Incansable activista cultural, promovió la renovación del teatro español desde postulados vanguardistas comprometidos con la acción social. Creó su propio movimiento de vanguardia, el Verticismo, para mostrar «la Verdad vestida con un bello mantón andaluz repleto de rosas jerezanas». Continuo agitador a través de sus tertulias y compañías de teatro independiente, impulsó a los jóvenes autores y proclamó que el teatro español estaba podrido. Como autor y director, aportó innovaciones a la escena española para denunciar las injusticias de un sistema de explotación que aniquila a la humanidad. Su idealismo le acarreó un trágico final, tras duros años de prisión en la posguerra española. Este hombre de bien tuvo el coraje de arriesgar su vida para salvar la de aquel que encarnaba todo aquello contra lo que luchaba,

literaria y políticamente hablando. No fue el único episodio de nobleza que protagonizó. Burgos Lecea no es simplemente un escritor, sino un ejemplo de honestidad intelectual y compromiso, de bondad y grandeza humana.

Pero sería otro poeta gaditano, Pedro Pérez Clotet (Villaluenga del Rosario, 1902 - Ronda, 1966), quien me llevara a este obstinado vanguardista, a través de su revista *Isla*, publicada entre 1932 y 1936 en Cádiz, en su primera época, y posteriormente en Jerez, a raíz del estallido de la contienda civil, entre 1937 y 1940. Clotet había tomado partido político por las derechas, pero mantuvo amistad con numerosos autores de distinta orientación política que colaboraron en su revista durante la primera época. Una frase suya cifra la amplitud de su talante: «No existe mejor ley que la luz y el paisaje».

El número 5 de *Isla: hojas de artes y letras*, de 1935, que dirigiera Clotet, incluye una reseña sobre *Los caballitos del diablo*. Al no ir firmada, puede atribuirse la crítica a la dirección de la revista. Leyéndola, el gentilicio de Burgos Lecea me deslumbró: un autor andaluz, jerezano, del que no sabía nada; un maestro en el difícil arte de narrar, ignorado; un rebelde contra la injusticia y el dolor cuyas palabras flotaban en el olvido.

Consulté un diccionario de literatura y otros volúmenes que tenía a mano. Efectivamente, no venía nada al respecto. Sin embargo, el nombre no me resultaba totalmente desconocido. Tan redondo, tan mágico. La impaciencia me hizo, lo primero, localizar los libros de este atrayente autor. Conseguí hacerme con las primeras ediciones –y únicas– de *Xaicxi delantero* (1928) y *Los caballitos del diablo* (1933), los dos volúmenes que componen *La ventana de papel*. Pero ambos

ofrecían aún más información: prólogos, fragmentos críticos elogiosos con la obra de Lecea, títulos de libros proyectados por el autor y escritores de su círculo, etcétera. A partir de ellos, el fantasma de Francisco Burgos Lecea perfilaba su silueta. Gracias a la digitalización de documentos y a una voluntariosa investigación en archivos y hemerotecas, fui reconstruyendo fragmentos de la actividad de nuestro autor. También en la dispersa bibliografía encontré referencias. Era muy poco lo que se sabía sobre él, por lo que cualquier nuevo dato alcanzaba una significativa trascendencia. No aparece en el *Diccionario Biográfico Español*. Se le alude tres veces en el tomo 7 de la *Historia y Crítica de la Literatura Española*, dirigida por Francisco Rico, al tratar de “La Novela Proletaria”, del teatro experimental y de las revistas de vanguardia de la preguerra.

Una nota en la edición crítica de *Juan Ramón de Viva Voz*, de Juan Guerrero Ruiz, publicada en 1999, ilustra la confusión existente en torno a este comprometido autor en el ámbito académico:

«Burgos Lecea, Francisco. Desconocemos el lugar y fecha de su nacimiento, pero sí sabemos que falleció el año 1939. Prosista, cercano a los ultraístas en los años 20. Publicó dos libros de cuentos: *Xaixic, delantero* y *Caballito del diablo* (sic). Director del grupo teatral *La cancela abierta* y de la revista *Frente Literario*, en cuyo número 1 se publicó el manifiesto del Verticismo y, en el segundo, fue defensor de *Por un nuevo teatro*. Artículos suyos aparecieron en *El Almanaque Literario* 1935 y en *Problemas de la Nueva Cultura*. Al terminar la guerra civil fue fusilado por su colaboración con la República».

Aunque los otros datos aportados son valiosos –pero no exactos–, no es cierto que fuera fusilado en 1939. Incluso, la librería de viejos donde adquirí un ejemplar de *Los caba-llitos...*, reseñaba el libro en su catálogo mencionando el fusilamiento de su autor, en 1939, ¡por vanguardista! :

*«Llega la Guerra Civil. Burgos Lecea no teme confe-  
sar que es vanguardista y muere fusilado en 1939».*

Pero no fue así, sino que le aguardaban más amargos años de prisión y un final desolador. Según consta en su partida de nacimiento, Francisco Burgos Lecea nació en Jerez de la Frontera el 2 de agosto de 1898. Por su certificado de defunción, sabemos que falleció en Madrid el 5 de marzo de 1951. Ambas fechas delimitan cronológicamente la extensión de este trabajo, una aproximación a la figura de un escritor que, por creer en la capacidad de la palabra para transformar el mundo, cosechó los amargos frutos de la cárcel, la muerte y el olvido.

## I. UN ESCRIBIENTE QUE QUIERE SER ESCRITOR

La mañana del 3 de agosto de 1898, Juan de Dios Burgos López acudió al juzgado municipal del distrito de San Miguel, en Jerez de la Frontera (Cádiz), para inscribir a su hijo Francisco, nacido a las cinco de la tarde del día anterior en su domicilio, situado en la calle Santa Clara, número 7. Actualmente, como seguramente entonces, hay en ese número una casa de vecinos. La antigüedad del edificio delata que, de no haber cambiado la numeración, bien pudiera ser el mismo. El niño era fruto de su matrimonio con Juana Lecea Lázaro. Juan de Dios se dedicaba al comercio y había nacido en Jerez hacía treinta y tres años. Sus padres, también de Jerez, fueron Juan de Dios Burgos y Leonor López, ya fallecidos al nacer su nieto. En cambio, su mujer, Juana, de treinta años de edad, «de ocupación las de su sexo» y natural de la vecina población de El Puerto de Santa María, era hija de un bilbaíno, Francisco Lecea, cuya viuda, Luisa Lázaro, vivía en la calle de la Doctrina, número 22, en el jerezano barrio de San Pedro. El futuro escritor Francisco Burgos Lecea sacará a relucir en su literatura este origen andaluz y su parte de sangre vasca. Y en algunos de sus cuentos usará los nombres o los apellidos familiares para denominar a sus personajes.

Como no pocos andaluces de su tiempo, la familia emigraría a Madrid. Allí quiso el joven Burgos hacerse un nombre en las letras, a la vez que se comprometía con los más vulnerables de un sistema de producción implacable y carente de la protección social indispensable a que llegarían más tarde

las pretendidas sociedades del bienestar. Allí, al menos, el joven Burgos comienza su actividad literaria, publicando en la prestigiosa revista taurina *La Lidia* sus primeros cuentos, en 1918. Ya en estas colaboraciones se aprecia la hondura de su compromiso y su preocupación social.

El 25 de noviembre de ese año, 1918, “Espinass y flores... (cuento)”, firmado por Burgos Lecea, aparece en la referida publicación. La escritura del texto, a partir de lo indicado por su autor, parece que se produjo unos meses antes, en agosto. La vocación de escritor se debió despertar muy pronto en aquel chico de apenas veinte años y, ahora, se hallaba en plena ebullición. Este relato, cuyo protagonista es un joven torero que sueña –y consigue– sacar a sus seres queridos –madre, novia, hermanos– de la miseria, tiene un sencillo argumento, pero encierra toda una cosmovisión, una metáfora de la propia vida. La filosofía del escrito se condensa en una sentencia que apela al autor del Quijote:

*«Desde que nacemos, nacemos en el dolor y en el placer. Algunas veces parece que el dolor es eterno, pero... viene una racha de placer, mucho más corta que la del dolor, y nos resarce de las penas pasadas. Y en este contraste vivimos, mortales e inmortales, sujetos todos a “esa mujer borracha que se llama suerte”, según el castizo y galano decir de Miguel de Cervantes».*

El final feliz del relato no queda completamente cerrado, sino que, hábilmente sugerido, depende de un indiferente azar capaz de truncarlo. El amor por los personajes modestos y la lucha de éstos por escapar de la miseria, que aquí ya aparecen, vertebrarán toda la obra posterior de Burgos Lecea. En este cuento, resulta significativa la veleidad de la suerte, que

puede llevar la vida inesperadamente a extremos de desesperación o bonanza.

El cuento “Ironías de la vida”, publicado en la misma revista *La Lidia*, el 30 de diciembre de 1918, presenta mayor elaboración, tanto en la trama como en el lenguaje, en el que abundan palabras andaluzas y del argot taurino, preceptivamente entrecomilladas. Está fechado un mes antes, en noviembre. Interviene el ingrediente mágico, a través de un sueño que ha tenido el torero Pepe Parra y de la buenaventura que le dice la gitana, «con más gracia y salero que una “nena” jerezana». Es la historia de una premonición amarga que encierra una concepción fatalista: «Pero... así es la vida. ¡La muerte de uno es vida para otro!».

La siguiente colaboración en *La Lidia*, de 20 de marzo de 1919, ya no es una ficción, sino un artículo titulado “Soliloquio de un taurófilo”, donde exige una regeneración de la suerte de varas, «cuadro repugnante y salvaje», que había llegado a su «más completa y denigrante decadencia». Afirma Burgos que «da risa, y a los que somos buenos aficionados tristeza, ver que en una fiesta que todo es gallardía, majeza y tronío, salga a la plaza un pobre caballito (...) condenado irremisiblemente a ser corneado en sus desordenados intestinos, que dan al aire la fea catadura de su vestimenta». Considera que este «cuadro desolador, triste y repugnante» debe evitarse, pero además hace una defensa del picador, que «se arriesga tanto o más como el matador» y «cabalgando en un mal rocín, la cornada y el inhumano porrazo le esperan con los brazos abiertos». Califica de ilusorio y ridículo lo que se pagaba a los picadores, asegura que éstos «ayudan al matador más que ningún otro torero», hasta el punto de que «el picador es para el matador la llave de su éxito o derrota». Ve clara la solución

y la deja en manos de la Dirección General de Seguridad y de la Unión de Picadores: «Todo consiste en cambiar el mal caballo por uno de raza apto para picar. Y en remunerar a los picadores mucho mejor de lo que se les remunera hoy...». En el fondo, una reivindicación social. Como vemos, las críticas a la fiesta de toros por aquel entonces estaban más cerca de la preocupación por el bienestar de las personas que en ella participaban –impelidas las más de las veces por la necesidad de un sustento–, aunque tampoco eran ajenos a la dignidad del trato a los animales. En este sentido, es curioso que fuera otro jerezano, el dictador Miguel Primo de Rivera, quien impusiera años más tardes, en 1928, la obligatoriedad del uso del peto en los caballos durante la suerte de varas.

El primero de los cuentos publicados en *La Lidia* –“Espinass y flores”– está dedicado «a mi buen amigo y compañero Santiago Guillén, exquisito poeta, autor de *Pinceladas*», que debutaría con éxito en el teatro y sería un magistral declamador. Guillén había publicado *Pinceladas (coplas y pensamientos rimados)*, con prelude de Manuel Machado, en la Imprenta “Alrededor del mundo”, de Madrid, en 1918. El libro incluye aquel célebre poema que dedicara Machado a Santiago Guillén, cuya segunda estrofa dice:

«Tal es la gloria, Guillén,  
de los que escriben cantares:  
oír decir a la gente  
que no los ha escrito nadie».

Por tanto, Francisco Burgos se trasladaría pronto a Madrid, posiblemente, con sus padres –o, como en el cuento “Espinass y flores...”, con su madre– y hermanos, por circunstancias económicas o por otro motivo que desconocemos.

Allí iniciaría estudios universitarios de Filosofía y Letras y su carrera como funcionario municipal. Esto último lo apunta otro andaluz afincado en Madrid, Rafael Cansinos Assens, en *La novela de un literato*, al referirse al joven escritor Burgos Lecea: «A su actividad literaria sirve de base honrada un empleo en el Ayuntamiento». Lo cierto es que su hoja de servicios indica que el 1 de abril de 1920 entra como aspirante del escalafón administrativo del Ensanche en el Ayuntamiento de Madrid, con sueldo anual de 2000 pesetas.

Jerezano, empleado del Ayuntamiento madrileño, incipiente escritor... El mejor retrato del joven Burgos Lecea lo hace él mismo, a través de su heterónimo Castejón, en uno de sus originales e inquietantes cuentos, fechado en Madrid el 1 de mayo –reivindicativa fecha– de 1921. Las palabras de Castejón –¿un *alter ego*?– vienen datadas en el relato a 28 de diciembre de 1919, es decir, que en la ficción está trabajando como escribiente antes de su incorporación real a dicho puesto laboral. Obsérvese, además, el simbolismo: el Día del Trabajo y el Día de los Inocentes, respectivamente. Como si de una disociación de la personalidad se tratase, Castejón es el político y Burgos Lecea, el literato. Dice el primero acerca del segundo, en el cuento “Pido la palabra”, recogido en *Los Caballitos del diablo* (Madrid: Frente Literario, 1933):

«Francisco Burgos Lecea es un escribiente que quiere ser escritor.

»Como aspirante a escritor, es limpio y no lleva meLENas, ni chalina, ni capa ni pipa..., y si bien es verdad que algunas veces se le ve manchado de polvo de derribo, es imposible negar que otras se le ve lleno de mezcla o yeso.

»No hay quien le obligue a hacer una canallada, por pequeña que fuere. (Ya sabemos, los que bien le

conocemos, que su voluntad es la hijita obediente de su inteligencia.) Y cuando se le habla de egoísmos...

»Yo muchas veces he querido arrancarle la causa de su virtud. Y cuantas lo he intentado me ha puesto una cara de lobo hambriento, devorándome con esta frase:

»—¿Es virtud acaso no ser esclavo de las malas pasiones?

»Y en cuanto a su egoísmo me contenté con que una sola vez me dijese:

»—Todo el egoísmo que la Naturaleza puso en mí, a las alcantarillas les pertenece, como toda la grandeza que puso en mi pensamiento es de la Humanidad.

»Todos los días dedica un gran rato a jugar a la pelota vasca en pleno campo andaluz. Dicen los que han resistido hacerle ver filigranas en este recio juego, que después de jugar limpia, serena y fraternalmente, descansa, y desnudo, como sus padres lo retrataron a los seis meses de edad, se baña en el aroma dulcemente embriagador de Andalucía, y una vez dentro del baño, busca rosas y claveles que se estruja por el cerebro. Al anochecer se viste, y desde ese momento no hay quien le separe de la grandiosa compañía de los libros.

»Francisco Burgos Lecea es un infatigable enamorado del más allá. Odia los prejuicios, combatiéndolos a muerte. Entre el placer ve al dolor y entre el dolor al placer. Mientras más posee a la vida, menos llora, menos ríe, floreciendo en sus labios una flor: la flor de la ironía o de la tristeza; de la tristeza más que de la alegría.

»Ama al TRABAJADOR, ya sea una pluma o una azada, un pico o una paleta, una aguja o un martillo, el útil de su trabajo.

»Adora la justa rebeldía, aunque tenga que desgarrar las vestiduras de sus padres. Cuando destruye es porque ya ha construido. No le gusta acostarse ni levantarse sin darle un beso a la Razón.

»Dicen que no tiene Patria. ¡¡Mienten!! Tiene Patria: Lo que es que, desde ella, llama padre al Mundo. Dicen que odia a la familia. ¡¡Mienten!! Ama con frenesí a su familia. Lo que ocurre es que, desde su hogar, llama madre a la Humanidad.

»Como escribiente, Burgos Lecea es de lo más chanchullero que pueda encontrarse. Es capaz de convertirnos cinco años en cinco minutos por dos duros, y por la misma cantidad, detrás de una ventanilla oficial, su cara es de miel y sus manos dos promesas. Pero, yo creo, que es acreedor a un perdón, porque si os dijera lo que gana perdíais el conocimiento, y al volver en sí, perdíais la vida.

»En cambio, ya sea como aspirante a escritor o como escribiente, Francisco Burgos Lecea no tiene más religión que el Trabajo ni más ilusión que el Estudio: Yo lo quiero con todo mi pensamiento.

»Burgos Lecea, por último, unas veces es el hombre a quien la angustia se le hace tuétano, al ver tanto dolor, tanta miseria, tanta canallada, tanta injusticia, tanta amargura como existe y triunfa en la Naturaleza y la Humanidad, y otras, las menos, el chiquillo al cual le van a dar un juguete nuevo cuando la Vida besa sin morder, cuando ríe sin herir, cuando abraza sin triturar».

Si la conciencia social de Burgos Lecea se manifiesta en su primer cuento publicado, su compromiso político parece ser también muy temprano. En 1923, el diario *La Voz* de 22 de enero, lo cita entre los oradores que intervinieron en un mitin celebrado el día anterior en el Círculo Comunista del Puente de Segovia y organizado por la Juventud Comunista Madrileña. Además de hacer apostolado de la causa, los participantes solicitaron una amplia amnistía de los procesados por delitos políticos y sociales, como consecuencia de las intensas luchas y reivindicaciones obreras. Se ha subrayado la raquítica debilidad numérica de los comunistas de entonces, recién escindidos del PSOE tras un apretado y prolijo proceso, en comparación no sólo con el partido socialista, sino con otros partidos comunistas de la Europa mediterránea. Al estar integrado por jóvenes y escasos militantes, el Partido Comunista español fue conocido como “el partido de los cien niños”. En su mayor parte, estos “niños” venían de familias de clase media y sus simpatías políticas habían estado, en principio, con el anarquismo. Este comunismo juvenil tuvo mucho de ingenuo y utópico, pues sus componentes creían que habría de bastar su elocuencia para cambiar el mundo.

Francisco Burgos Lecea había nacido en el año del desastre del 98. Su juventud estuvo marcada por la primera guerra mundial, así como por la revolución rusa, pero también por la depauperada situación de las masas proletarias. Así se explica, en un inciso a uno de sus cuentos en *Los caballitos del diablo*:

«La juventud, en su admirable impulso de renovarlo honradamente todo, se entregó a una lucha a fondo contra el Mundo que permitió la espantosa matanza de

1914, destruyendo generaciones de producción y esperanza. Esta juventud ciega, pero santa, renegó de todo lo viejo, buscó un jefe nuevo en el Mundo y no lo encontró. Después se replegó a buscarlo en sus respectivas nacionalidades, y de fracaso en fracaso, presa de pánico, se recluyó en la tradición, enarbolando las banderas más absurdas, más negras, las mismas banderas que permitieron la matanza inicua del 14, y la matanza por el espíritu burgués, empleando el arma aristocrática y limpia de la tuberculosis...».

El período que va de 1917 a 1923 ha sido considerado políticamente como ingobernable en España, de una auténtica “guerra social”. En el ámbito literario y estético, también fueron años convulsos, de audacia innovadora y prodigalidad inventiva. Inmediatamente después de la primera gran guerra y tras la revolución rusa, parecía que alboreaba un nuevo horizonte en que todo iba a cambiar.

Pero la vida continuaba con sus ilusiones y luchas cotidianas. Precisamente, el 1 de abril de 1923, el escribiente Francisco Burgos Lecea tomaba posesión de su plaza de oficial administrativo de tercera clase del Ensanche, con lo que disfrutaría de un sueldo anual de 3000 pesetas. Curiosamente, en el prólogo a *Xaicxi, delantero*, el propio Burgos se preguntará, ante la emoción de dar a la imprenta su primer libro: «¿Me llamarán escritor o escribiente?». Destino y salario se prolongarán durante ocho años hasta un nuevo ascenso, con el advenimiento de la República. El 1 de mayo de 1931 ascenderá a técnico del Ensanche, produciéndose el nombramiento el 5 de junio de ese año. Su sueldo será ya de 7000 pesetas. A los once meses, comenzarán a abonársele cuatrienios, por lo que cobrará 8000 pesetas anuales .

Antes, en 1925, había contraído matrimonio con María Dolores López de las Huertas Cabrera, el 7 de octubre, en La Carolina (Jaén), de donde ésta era natural. Él tenía entonces veintisiete años. Ella, dieciocho. La pareja tendría tres hijos que sobrevivirán a su padre: Francisco, Dolores y Julia. Fijó domicilio en la Glorieta del Puente de Segovia, número 4, próximo al Viaducto del mismo nombre, cerca de donde vivía también el escritor Rafael Cansinos Assens (Sevilla, 1882 – Madrid, 1964), de quien Burgos Lecea será contertulio.

Cansinos ya es considerado un maestro por los jóvenes escritores y un afamado crítico cuando Burgos se afana por conseguir nombre literario en Madrid y publica su primer libro. El sevillano registra este momento, 1928. *La novela de un literato* es una especie de historia íntima de la literatura española de la época que le tocó vivir, conocida como la Edad de Plata, hasta julio de 1936. En ella nos da noticia sobre la actividad del incipiente narrador:

«Burgos Lecea, un joven escritor que ha obtenido un gran éxito con su primera novela, *Xaicxi, delantero*, de tema deportivo, acaba de inaugurar una tertulia literaria en la calle Mayor, donde se congrega gran número de noveles, atraídos por los planes altruistas del anfitrión».

El término “novela” es aquí utilizado en un sentido similar al que usó Cervantes en sus *Novelas ejemplares*, para designar piezas de narrativa breve. Cansinos agrega que la tertulia de Burgos Lecea se llama El Mirador y que ha fundado además una agrupación, La Cancela Abierta, destinada a facilitar sus comienzos a los aspirantes a autores teatrales. Describe a Burgos Lecea como «un joven pálido, delgado, nervioso, lleno de entusiasmo».

El escritor judeo-argentino Luis Emilio Soto visitó a Rafael Cansinos en 1928. Describió la única tertulia a la que asistía entonces el autor de *El divino fracaso*, a la cual iba también Burgos Lecea y donde se encontraba con un grupo de jóvenes vanguardistas:

«Durante mi estancia en Madrid, muchas noches asistí a la reunión de Cansinos sentado al lado suyo en esos divanes rojos del café Colonial, y en alabanza de los cuales él compuso la parábola inaugural de *El divino fracaso*. A mi izquierda, en la otra ala del grupo e insertos en mi emoción de camarada novel, sucedíanse Martín Parapar, de recia voz y recio pensamiento; Paco Burgos Lecea, nervioso picoteador de temas; Catalán, hijo de Vizcaya e irreductible dialéctico; en fin, Guillén Zelaya, Arderíus, escritores y periodistas de la última hornada, todos amigos inolvidables».

Es posible que Luis Emilio Soto quisiera referirse, en vez de al poeta hondureño Guillén Zelaya, al escritor segoviano Guillén Salaya, que derivaría hacia el falangismo. Por su parte, Cansinos aclara que todos aquellos contertulios eran «enemigos acérrimos de la dictadura, y de la Monarquía que la ha traído y todos alardean de conspirar para derribarla».

Efectivamente, el fascismo italiano y otros movimientos hipernacionalistas europeos hubieron de provocar la contestación ideológica de Burgos Lecea, quien lejos de retrotraerse ante la amenaza autoritaria se afianzó aún más en sus convicciones. Sin ir más lejos, en España, de acuerdo con la monarquía, se implantó la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, entre 1923 y 1929. Aunque para muchos historiadores pactase de hecho con el PSOE y la UGT, Primo

reprimió con dureza a los comunistas y anarquistas. Su mandato no estuvo libre de las arbitrariedades propias de este tipo de régimen contra los derechos, las libertades y la vida. Recuérdense, en este sentido, las protestas desde el exilio de Blasco Ibáñez, Unamuno y Eduardo Ortega y Gasset ante la ejecución de los encausados por los sucesos de Vera de Bidasoa, tres supuestos conspiradores revolucionarios para los que no hubo piedad, tras una primera sentencia absolutoria y un nuevo proceso carente de garantías hasta conseguir una nueva sentencia condenatoria, desoyendo Alfonso XIII incluso la petición de indulto del fiscal. Justo antes de la implantación del directorio militar, sabemos de la intervención de Burgos Lecea en mítines comunistas, por lo que no es de extrañar que su actividad política quedara relegada a la clandestinidad y al desahogo en las tertulias. No así la literaria. En 1928 tiene lugar la publicación de su primer libro de cuentos, *Xaicxi, delantero*, del que nos ocuparemos con profundidad y donde se manifiesta su conciencia social y crítica, a través de metáforas deportivas, la explotación capitalista.

En efecto, Burgos Lecea señalará, cuando publique en 1933 su manifiesto del 1 de enero de 1930, que en la España de aquella época «se encontraron de jefe con un pobre diablo, jaquetón, hijo predilecto del flamenquismo andaluz, de los muchos que en España la han gobernado y gobiernan. Defensor de la gran burguesía, chulo y generoso, dueño y protector, sin capacidad, sin cultura, tonto de capirote, que se prestó a ser el alcahuete de un pícaro de la peor estofa, acaballado sobre un pueblo que no conoce más que el hambre y la tiranía». Precisamente, desde 1929, una espléndida escultura ecuestre del general Primo de Rivera, obra del eximio escultor Mariano Benlliure, se alza en la plaza del Arenal de Jerez

de la Frontera, localidad donde había nacido el que fuera dictador presidente del Consejo de Ministros –desde el 13 de septiembre de 1923 hasta el 28 de enero de 1930– y el autor de la acerba crítica.

Aquel verano de 1928, un pintoresco personaje llegaba a España. Se trata de Venus González Olaza, periodista, maestro y dramaturgo uruguayo, enviado especial del *Diario del Plata* de Montevideo, que preparaba un gran extraordinario de la vida española para publicarlo el 12 de octubre, fiesta de la Raza. El maestro Cansinos y el joven Martín Parapar fueron los primeros en enterarse de su presencia en Madrid. Burgos Lecea presume de estos dos fareros del Viaducto –de su barrio–, atentos para «denunciar todo valor ibérico o iberoamericano y exaltarlos, dándolos a conocer, privada y públicamente». De hecho, lo presentaron a «la muchachada madrileña» y a toda la «admirable ancianidad». El jerezano aprovecha la oportunidad para hacerle una entrevista que publica en *La Libertad* el 9 de agosto:

*«Olaza accede a que celebre con él una entrevista, pero en boliche (bar) con pianola. Yo accedo a mi vez a sus deseos, pero con una modesta condición: que antes de celebrar la interviú nos rociemos con vino de Jerez o con manzanilla de Sanlúcar».*

La entrevista tiene lugar. Parece más una crónica. «Antes de acariciar el último sorbo de una copa de Jerez, el entrevistado ha tenido un recuerdo de admiración para los grandes autores dramáticos de su país. A continuación, se ha intrigado:

*»—En toda la interviú, amigo Burgos Lecea, no me ha hecho usted una sola pregunta. ¿A qué obedece?*

»—Señor González Olaza: Yo no sé hacer más que esta sola pregunta: ¿Cree usted que la libertad puede conseguirse alguna vez sin resolver antes el problema económico de la Humanidad?

»—Jamás. »